

**Referencia al citar este artículo:**

Pabón, O. M. Lizcano, D. L. & Joya, E. L. (2019). El oficio del historiador y las nuevas formas de hacer historia: De la teoría a las prácticas. *Revista TEMAS, III* (13), 175-187.

<https://doi.org/10.15332/rt.v0i13.2341>

# El oficio del historiador y las nuevas formas de hacer historia: De la teoría a las prácticas<sup>1</sup>

Oscar Mauricio Pabón Serrano<sup>2</sup>

Dayana Lucía Lizcano Herrera<sup>3</sup>

Edna Lucía Joya Jiménez<sup>4</sup>

Recibido: 30 de abril de 2019. Aceptado: 3 de junio de 2019

## Resumen

El siguiente artículo intenta precisar algunos aspectos metodológicos, conceptuales y temáticos que delinearon el desarrollo de la investigación y la ciencia histórica a partir de la segunda mitad del siglo XX, época en la que se tomó conciencia de la necesidad de comprender desde las ciencias sociales todos los ámbitos de la actividad humana y de superar las barreras trazadas por la historia política de corte tradicional. Este movimiento de renovación se concretó en la corriente historiográfica conocida como la historial social, un enfoque que echó mano de las nuevas formas, objetos de estudio, teorías sociales y fuentes de información, replanteando el modo como se investiga el pasado, considerando el estudio de otros actores sociales y de los diferentes fenómenos que implican la vida en comunidad. En la parte final del artículo se reseñan tres investigaciones que ilustran el interés de los historiadores por los “otros” temas que, como la enfermedad o los estereotipos femeninos, llamaron la atención de la historia social.

## Palabras clave

Historia, historiografía, metodología de la investigación histórica, historia social.

# The office of the historian and the new ways of making history: from theory to practices

## Abstract

The following article tries to specify some methodological, conceptual and thematic aspects that delineated the development of the investigation and the historical science from the second half of the XXth century, epoch in which it became aware of the need to understand from the social sciences all the areas of human activity and to overcome the barriers traced by traditional political history. This movement of renewal materialized in the historiographical current known as the social history, a focus that used the new forms, objects of study, social theories and sources of information, rethinking the way in which the past is investigated, considering the study of other social actors and the different phenomena that involve life in community. In the final part of the article, three investigations are outlined that illustrate the interest of historians for the »other« topics, which, like the disease or female stereotypes, called attention to social history.

## Keywords

History, historiography, methodology of historical research, social history.

1. Artículo de investigación.

2. Historiador, magíster en Historia, máster Iberoamericano en Historia Comparada, doctorando en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad Santo Tomás Seccional Bucaramanga. Correo electrónico: oscar.pabon01@ustabuca.edu.co

3. Historiadora, magíster en Historia, doctoranda en Historia de la Universidad Industrial de Santander. Profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad Santo Tomás Seccional Bucaramanga. Correo electrónico: dayana.lizcano@ustabuca.edu.co

4. Historiadora, especialista en Gerencia de la Comunicación Organizacional, máster en Comunicación e Identidad Corporativa. Profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad Santo Tomás Seccional Bucaramanga. Correo electrónico: edna.joya@ustabuca.edu.co

## **Representar la historia: Reflexiones sobre la forma, los contenidos y los nuevos temas de la disciplina**

La metodología de los estudios históricos implica de forma preliminar la construcción de un problema de investigación, el cual plantea la posibilidad de interpretar un tramo del pasado acontecido a una comunidad de individuos y el registro escrito de la construcción planteada. El problema de investigación intenta cuestionar los juicios sobre lo acontecido o presentar la historia de un acontecimiento no recordado. Ahora bien, el carácter científico de la representación histórica lo asegura la metodología de investigación, en nuestro oficio dicha metodología se fundamenta en la crítica de las fuentes primarias, en la construcción y triangulación de los hechos y la adaptación de un soporte teórico-conceptual. En consecuencia, un mismo suceso o evento puede ser histórico o no, cuestión que depende de la forma como se da a conocer. Por esta razón, el carácter histórico no radica en los acontecimientos como tal, sino invariablemente en la forma cómo llegamos a conocerlos y en el manejo o interés que los historiadores muestran por ellos.

La investigación histórica y su escritura condensa un esfuerzo realizado con el propósito de establecer hechos, sucesos o eventos en un ámbito y contexto que interesa al historiador. Aquí la metodología se relaciona con la forma en que se estructuran u orientan los problemas y se escrutan las respuestas. El historiador efectúa un esfuerzo sistemático que inicia con la delimitación de un problema de investigación, con el planteamiento de preguntas y viabilidades, las cuales se verifican a partir del análisis de la información primaria con el fin de formular un cuerpo de argumentaciones y conclusiones consistentes. La historia busca comprender algunos hechos acontecidos y surge como una construcción del

pasado lograda únicamente por medio de la escritura. La escritura es el testimonio de la búsqueda del sentido de la experiencia en la vida, y con ella se recupera aquel sentido, interesándose en el pasado, asumiendo así la historia un acto reflexivo respecto al presente.

La fuente de información es el medio que dispone u ofrece datos relevantes sobre el asunto o tema investigado, datos o información que se muestran directa o indirectamente; las fuentes, al igual que los hechos, también se construyen. La fuente primaria está directamente relacionada en términos de tiempo y espacio con el evento o suceso que interesa al historiador, una vez identificada –esto se relaciona con habilidad heurística de los historiadores– y clasificada la documentación primaria –coetánea–, se determina la calidad y relevancia de la información que suministró. La información debe estar sujeta a un análisis cuidadoso; mediante el proceso de crítica o juicio de la fuente, el historiador determina las evidencias históricas sobre las cuales se apoya para interpretar o comprobar sus planteamientos, esta es la llamada habilidad hermenéutica. De hecho, el procesamiento de la información se funda en el método historiográfico nombrado la crítica de fuentes, procedimiento que otorga las referencias de la construcción histórica y la distingue en parte de la ficción literaria.

La escritura es el instrumento que ayuda al historiador a plasmar materialmente los juicios de su problema de investigación, es el medio de (re)presentación de lo acontecido. Las propiedades específicas de la narración histórica tienden a la organización foliada y cronológica de un discurso que se agarra de los materiales o fuentes disponibles para producir una comprensión; dichas propiedades tienden a fortalecer los procesos de acreditación específicos bajo los cuales la historia

garantiza su llamado régimen de verdad (citas, notas, referencias, comparaciones, gráficos, estadísticas, etcétera). Michel de Certeau subrayó que el ejercicio de la escritura histórica implica la elaboración de un relato que construye su discurso según los procesos de “narrativización” para ordenar los procesos del problema de investigación (De Certeau, 2006, p. 334). La narración histórica se acerca más a la construcción que a la representación fidedigna de lo acontecido. La narración histórica conserva una coherencia narrativa y una conformidad con los documentos. Estos procesos complementan la construcción de los “hechos” y son los fundamentos técnicos de la disciplina (elección de fuentes, construcción del discurso, hipótesis, crítica, verificación, conceptualización). De hecho, las tres competencias básicas aplicadas a la investigación histórica podrían definirse como la habilidad heurística, la habilidad hermenéutica y la habilidad narrativa.

Ahora bien, los referentes teóricos y metodológicos que en los últimos tiempos fundamentan el oficio del historiador son el resultado de un consenso bastante ecléctico entre las formas de hacer historia que irrumpieron durante la segunda mitad del siglo XX. En las tres últimas décadas proliferó el trabajo de historiadores preocupados por estudiar las formas de pensar de las sociedades, analizar el discurso y el lenguaje para establecer los cambios, comprender cómo la memoria colectiva termina convirtiéndose en un discurso dominante y cómo la cultura dota de significados a los distintos grupos sociales. De forma bastante pragmática, los historiadores toman prestado varios de estos elementos, pero sin alinderar sus trabajos en el campo de las mentalidades, el giro lingüístico o la historia cultural. Como bien lo concluyó Martín Ríos (2009, pp. 136-137), en el siglo XXI la disciplina histórica evidencia

una profunda renovación en los ámbitos teórico, metodológico y temático, así como una aparente conjunción entre los postulados teóricos del giro lingüístico y del giro cultural que se manifiesta en la vuelta de los historiadores a las fuentes documentales y en la importancia que estos mismos historiadores conceden a la forma en la que dan a conocer sus investigaciones.

Para una mejor comprensión de esta renovación a luz del contexto iberoamericano, es oportuno citar las características centrales de la historiografía contemporánea señalada por Ruiz-Domènec (2000) en su clásico texto titulado *Rostros de la historia: veintiún historiadores para el siglo XXI*. En primer lugar, resituó la investigación en las fuentes primarias, considerándolas de nuevo como la materia prima del conocimiento histórico; luego, resaltó la necesidad de una lectura interpretativa –crítica– de las fuentes y documentos analizados para intentar conectar el lenguaje del pasado con los modos de comprensión del presente; y por último, ponderó la dimensión narrativa del oficio del historiador, pues es así como se presentan los resultados de la investigación histórica. En otro texto de carácter autobiográfico, Ruiz-Domènec (2014) reflexionó sobre las nuevas formas de hacer historia impulsadas con gran fuerza en la segunda parte del XX, las cuales, por supuesto, modernizaron los temas y las metodologías seleccionadas para “escuchar el pasado”. Su amplia trayectoria investigativa que lo consagró como un connotado medievalista, lo llevó a (re)plantear “el propio esqueleto de la historia”, es decir, la cronología, para evitar la conversión de la historia en un análisis retrospectivo de la situación actual. Además, señaló que dos de los grandes problemas que actualmente enfrenta la disciplina tienen que ver con el desprecio del conocimiento histórico y la revisión del pasado en favor de una causa política o

ideológica. Ruiz-Domènec planteó los tres “territorios” desafiantes para el trabajo del historiador: 1) la enseñanza de la historia, 2) la formulación de las “ideas organizativas” al ritmo de los acontecimientos y 3) el estudio de la producción investigativa (historiografía) como un factor insoslayable del oficio.

Reflexionando sobre los cambios de la disciplina histórica afianzados en el siglo XXI, Peter Burke planteó por esta misma línea que “hoy la situación es más fluida”, refiriéndose a la apertura y conjunción de las formas y las teorías. En las últimas cinco décadas se fue rompiendo el dominio de la historia política, se abrió el paso a la historia social, cultural y de las ideas, la desconfianza hacia una historia con conexiones teóricas fue menguado. La prisión historiográfica fue quedando atrás, la hibridación de metodologías, corrientes y teorías iluminó el nuevo panorama investigativo, historiadores como Burke emprendieron la integración de las historias política y social, además de la investigación sobre las formas culturales construyendo de esta manera puentes entre la historia con otras disciplinas. En una entrevista el historiador inglés habló sobre la importancia de situar el tema de investigación en un contexto y subrayó como imprescindible el no encerrarse en una lengua o en una mentalidad, siendo lo más importante para la formación de los nuevos historiadores aprender lenguas, viajar, saber escuchar y adentrarse en los diversos discursos historiográficos. En palabras de Burke, “hoy estamos viendo una gran expansión del territorio del historiador; entonces, ¿cuáles son las fronteras? El único medio de saberlo es explorar esos límites” (Jalón & Móller, 2007).

Está claro que la actualmente comprobada expansión de los terrenos del historiador se gestó a partir de la década de los setenta del siglo pasado, el

surgimiento y cultivo de nuevas corrientes historiográficas asociadas al estudio de las mentalidades y del lenguaje abrió la puerta a los cambios más determinantes de la historiografía occidental, relacionados con la ampliación temática, el diálogo interdisciplinar, la reformulación de los soportes epistemológicos y el abandono de los esquemas rígidos. Los novedosos enfoques de pioneros como Georges Duby centraron al historiador en el estudio de las repuestas que los grupos sociales dieron en distintas épocas a la constante interrogante de la humanidad sobre su propósito y su destino. En cuanto a los aportes metodológicos de la corriente historiográfica de las mentalidades, es válido resaltar las herramientas de las que se echaría mano en adelante y contribuyeron al ensanchamiento de los horizontes investigativos, precisadas así por Georges Duby: 1) el estudio del lenguaje para establecer las formas de ver el mundo, las relaciones entre las ideas y el vocabulario, al igual que los cambios del discurso a lo largo del tiempo; 2) el estudio de los mitos, las ideas, las creencias y los símbolos mediante las imágenes que producen los grupos sociales en su lento paso de una época a otra; y 3) el estudio de la iconografía para comprender los universos mentales (Ríos, 2009, 99-106). Sin el ánimo de establecer compromisos teóricos, es recurrente reconocer que estas pautas de estudio continúan siendo útiles, pues llevan a la historia por los caminos comprensivos de las ideas y las ideologías, permitiendo establecer las transformaciones y las permanencias en los imaginarios colectivos, sobre todo en épocas de cambio.

Pero algunos plantean que el reflorecimiento de la disciplina histórica en aquellas decisivas décadas de los sesenta y lo setenta, no fue otra cosa que la respuesta a una profunda crisis por la que pasaba la historia profesional y científica, tiempos en los que pareció terminar el impulso de

renovación y enriquecimiento de métodos, perspectivas y dominios experimentado por la historia en los años veinte y treinta del siglo pasado. Así lo comprendió Jacques Le Goff cuando admitió que “el saber de la historia está más sacudido cuanto más aumentó su poder”. A propósito del debate sobre el significado de la historia, Le Goff la definió como la ciencia del pasado, un pasado convertido en objeto de la historia a través de una *reconstrucción* que se cuestiona de forma permanente, esta interacción constante entre el pasado y el presente posibilita una función social de la historia. Ante todo, para Le Goff la historia es una ciencia, puesto que necesita técnicas, métodos y se puede enseñar, el oficio del historiador es científico y erudito; para los padres de la nueva historia los documentos están en la base de la disciplina, ellos promovieron tremendos debates sobre la función de las fuentes de información y el carácter del hecho histórico, concluyendo que “los documentos no se convierten en fuentes históricas sino después de haber sufrido un tratamiento destinado a transformar su función”, esto se relaciona con el pensamiento de aquellos que suelen afirmar que las fuentes también se construyen, la habilidad del historiador está en juzgar, desestructurar, desmontar y desmitificar los documentos (Le Goff, 2005, pp. 104-124).

Jacques Le Goff precisó los principales aspectos de la renovación de la ciencia histórica consumada a finales de la década de 1970, habló de un cambio tanto en la práctica científica como en el rol desempeñado en la sociedad, citando a Pierre Vilar, reconoció que dicha renovación pasó “a través de ciertos regresos a las fuentes”. Consideró que fue desde los primeros años de la Escuela de los *Annales* cuando se criticó a la política como esencia del hecho histórico, se buscó colaboración con otras ciencias y se pasó de la historia-relato a la historia-problema.

En definitiva, en aquella década el debate se centró en las nuevas orientaciones y los nuevos objetos de la historia, en la conceptualización, la escritura, lo cuantitativo, las ideologías, las otras historias, los métodos y la interdisciplinariedad. “El diálogo de la historia con las otras ciencias proseguía, se profundizaba, se concentraba y ensanchaba al mismo tiempo”, en especial los historiadores establecieron una relación privilegiada con la economía, la sociología y la antropología, esto en respuesta a la necesidad de combatir el etnocentrismo, “deseuropeizar la historia” y ampliar el horizonte histórico. Sin embargo, para Le Goff lo verdaderamente nuevo y revolucionario de la *Nouvelle Histoire* estaba en la crítica de las fuentes (documentos), en el nuevo modo de considerar el tiempo, las relaciones entre lo material y lo espiritual y el análisis de los fenómenos de poder que fue más allá de la política (Le Goff, 2005, pp. 125-143). Estas orientaciones por las que se enrutó la investigación histórica, hace más de cuatro décadas, continúan presentes en la caja de herramientas del historiador, sobre todo para los que reconocemos que la crítica de las fuentes es uno de los aspectos metodológicos fundamentales y recurrimos a la expresión latina *Ad fontes* para descifrar la clave del oficio.

Los vientos de la renovación teórica y metodológica de la historia también soplaron desde el mundo anglosajón, donde se empezó a considerar la historiografía como un discurso con sus propias reglas de elaboración y legitimación, además de adjudicarle una importancia a las formas narrativas y la deconstrucción de los textos. Hayden White, precursor del llamado giro lingüístico e interesado en el estudio de las formas de escribir la historia, definió a la historia como un discurso al que realmente no le interesan los hechos del pasado sino la forma en que construyen dichos hechos en función de las preguntas planteadas por el historiador y los significados



contenidos en el discurso. En este sentido, White reconoció que la forma de presentar los resultados de investigación era tan importante como los mismos resultados. En términos similares se refirió a este asunto Michel de Certeau cuando señaló que la historia era un discurso sobre el otro y un proceso de construcción hecho a través de la escritura, para Certeau la historia es al tiempo una práctica con sus propios procedimientos y el resultado de esta práctica presentado en un texto cerrado que organiza las unidades de sentido (Ríos, 2009, pp. 106-117). En el segundo capítulo de *La escritura de la historia*, Certeau se refirió al despertar epistemológico de la disciplina, admitió que la historia forma parte y trata de la “realidad”, la cual puede ser captada como práctica o actividad humana a través de lo que él denominó “la operación historiográfica”. Al considerar la historia como una operación, el jesuita francés postuló desde esta perspectiva que el oficio del historiador involucra la combinación de un lugar social de producción, prácticas (procedimientos) científicas y una escritura (construcción de un texto). “La escritura histórica se construye en función de una institución cuya organización parece invertir: obedece, en efecto, a reglas propias que exigen ser examinadas en sí mismas” (De Certeau, 2006).

Otra corriente, la historia cultural, también vino con ese impulso renovador, historiadores como Brown, Nora y Chartier rompieron con los rígidos esquemas del materialismo histórico, rechazaron la ambigüedad del término mentalidad y de la historia de las ideas, plantearon que los distintos grupos que conforman una sociedad crean y recrean sentidos propios a partir de una realidad determinada y dotan de significados particulares a los discursos, por esta razón la memoria de un grupo (colectiva) termina convertida en un discurso historiográfico. Como según lo planteó Roger Chartier, la ruptura de

los tres paradigmas que sustentaron las prácticas historiográficas –1) la pretensión de hacer una historia global, 2) la identificación territorial de los objetos de estudio, 3) la importancia otorgada a la división social– permitió el surgimiento de una pluralidad de enfoques y comprensiones sobre el pasado. En palabras más sencillas, lo que Chartier quiso fue dejar de considerar a las sociedades como estructuras rígidas para estudiarlas mejor como un conjunto que engloba diferentes grupos que tienen sus propias representaciones del mundo y construyen sus propios sentidos (Ríos, 2009, pp. 117-135). En cuanto a la metodología de la investigación histórica, el modernista francés indicó tres pasos: primero, un estudio crítico y deconstructivo de los textos; segundo, un estudio de los libros y de los objetos que llevan mensajes escritos; y tercero, un análisis de las prácticas que se apoderan de los bienes simbólicos y producen significados diferentes. Para esta corriente, la cultura fue vista como un texto susceptible de ser interpretado (Chartier, 1992, pp. 48-51).

Roger Chartier formó parte de la cuarta generación de la Escuela de los *Annales*, en la primera parte de su clásica obra, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, interpretó las características de la historia de las mentalidades y explicó su trayectoria. Señaló que en la década de los sesenta se impuso la noción de mentalidad en la historiografía francesa para caracterizar a una historia cuyo objeto de estudio no eran ni las ideas ni los fundamentos socioeconómicos de los grupos sociales. Fue así como la historia de las mentalidades se fundió gradualmente en una historia de la cultura, fundamentada en ciertas concepciones comunes entre los historiadores que la practicaron, entre ellas: 1) la definición de la mentalidad como aquello que un individuo tiene en común con otros individuos de su época sin importar su condición social, así la

mentalidad es siempre colectiva y su nivel es el de lo cotidiano y lo “automático” que se escapa para revelar el contenido interpersonal del pensamiento de los sujetos; 2) la concepción amplia de la noción de mentalidad que abarca “tanto aquello que se concibe como lo que se siente, tanto el campo intelectual como afectivo”, hecho que explica la atención prestada a las categorías psicológicas y la caracterización fundamentalmente psicológica de la mentalidad colectiva; y 3) la consideración de la historia de las mentalidades como una parte de la historia sociocultural cuyo objeto es lo colectivo y lo repetitivo que se reduce a números y series, privilegiando conjuntos documentales masivos y muy representativos socialmente.

De acuerdo con Chartier, sobre estos fundamentos metodológicos se desarrolló la historia de las mentalidades, por esta vía un sector de la historiografía francesa respondió a las nuevas tomas de conciencia de la disciplina, la conciencia de un nuevo equilibrio entre la historia y las ciencias sociales que desplazó la atención hacia nuevos objetos (la muerte, la locura, la enfermedad, la educación, las creencias, etcétera), la conciencia de que las diferencias sociales no se piensan solo en términos de riqueza material sino que son producto de la desigualdad y las distancias culturales, y la conciencia de la necesidad de nuevas metodologías para la investigación histórica que recurrieron al análisis serial y la interpretación de los lenguajes (Chartier, 1992, pp. 23-33).

No obstante, a finales de la década de 1980 la ciencia histórica enfrentó nuevos desafíos relacionados con los postulados e innovaciones tomados –años tras– de las ciencias sociales. Además de la desenmascarada crisis de las ciencias sociales en sí y del paradigma positivista del progreso, por parte de un sector de historiadores también vino una ola crítica que defendió el retorno

a una filosofía del sujeto en rechazo a la fuerza de las determinaciones colectivas y los condicionamientos sociales, al tiempo que devolvió la importancia acordada a lo político por constituir supuestamente el nivel más abarcador de las sociedades. Para Roger Chartier, la crisis de las ciencias sociales no afectó de plano a la historia, el trabajo de los historiadores había cambiado por causa de las distancias tomadas en las prácticas de investigación y los desplazamientos respecto a las demás ciencias sociales, es decir, la renuncia al abordaje de lo global, a la *territorialización* de los objetos de estudio y a la sobrestimación de las divisiones sociales. Como bien se expresó en la cubierta posterior del libro *Formas de hacer historia*, a finales del siglo XX, el panorama historiográfico aparecía como un universo en continua expansión y fragmentación, la diversidad de formas irrumpió frente al paradigma tradicional. En cuanto a la historia política, los campos también se expandieron, aparecieron los historiadores preocupados “por la política del hombre de la calle” y por analizar la lucha de poder en el plano de las diferentes organizaciones e instituciones, partiendo de la premisa según la cual “la política está en todas partes”. De hecho, Burke (1996, p. 37) reconoció que a finales del siglo pasado los historiadores descubrieron un interés por el componente social en la política y por los elementos políticos en la sociedad, pasaron a examinar las “culturas políticas” y las ideas –o percepciones– sobre la política formadas desde la vida cotidiana; es más, el concepto de cultura en un sentido más amplio empezó servir de pivote para la “recombinación” de los diferentes enfoques de la historia.

A modo de conclusión, debemos recordar que la nueva historia tuvo el empeño de escribir una historia que fuera más allá de los acontecimientos políticos, y nació por efecto de un amplio sentimiento en contra del paradigma tradicional en un

mundo transformado por movimientos epistemológicos como la decolonización, el feminismo y el relativismo cultural. Las nuevas formas de hacer la historia se interesaron cada vez más por el estudio de la “experiencia ordinaria”, consideraron las problemáticas cotidianas para tratar de desvelar sus reglas latentes y estudiar los valores dados por supuestos en una determinada sociedad. Pero esta expansión de las formas y los temas arrastró con algunos problemas relacionados con la apertura ilimitada de las posibilidades de *interpretación*, con la necesidad de otras *fuentes* –no documentales ni oficiales– debido al planteamiento de nuevas cuestiones y con las dificultades para generar una *síntesis* entre los fragmentados campos de la historia.

Por último, vale citar las oposiciones que se dieron entre la “historia vieja y nueva” identificadas por Peter Burke y que contribuyen tanto en el plano teórico como metodológico: 1) en oposición a la tradicional historia política de corte rankeano, los nuevos enfoques se interesaron “por casi cualquier actividad humana”; 2) se pasó de la historia como una narración de acontecimientos a una historia dedicada al análisis de estructuras; 3) se rompió con el hito tradicional de una historia vista “desde arriba” a una historia contada “desde abajo”, a partir de las opiniones de la gente corriente y su experiencia del cambio social; 4) se necesitó del complemento de otros tipos de fuentes para superar las limitaciones de las fuentes documentales de la historiografía tradicional; 5) se recurrió a nuevas formas de preguntar, explicar y construir los acontecimientos históricos para abarcar la variedad de cuestiones que en adelante plantearon los historiadores; y 6) se rompió el rígido paradigma tradicional de la objetividad histórica que mostraba como la principal tarea del oficio contar los hechos “como ocurrieron

realmente”, para aceptar en lo sucesivo que “no podemos evitar mirar al pasado desde una perspectiva particular” y que percibimos el mundo solo a través de unas convenciones y estereotipos que varían de una cultura a otra (Burke, 1996, pp. 14-19).

La parte final de este artículo se enfoca en la presentación de tres investigaciones que desde una perspectiva regional ejemplifican estos nuevos temas y metodologías que podrían encuadrarse en los amplios e ilimitados ejidos de la historia social, trabajos que de alguna forma ilustran los enfoques interesados en el estudio de los diferentes ámbitos de la actividad humana y que rompen con el paradigma de una historia política contada estrictamente desde arriba. Los trabajos de investigación histórica de Dayana Lucía Lizcano sobre los lazaretos, la lepra y las epidemias de viruela en Santander, y de Edna Lucía Joya sobre la distinción femenina en la Bucaramanga de los años treinta del siglo pasado, responden a lo que Chartier llamó las nuevas tomas de conciencia de la disciplina histórica, desplazando la atención a objetos o temáticas diferentes como la enfermedad, la educación, la moda, la distinción y los imaginarios sobre la belleza.

### **La historia social de dos enfermedades “oprobiosas”**

Desde la concepción judeocristiana, la lepra fue asociada con la impureza del alma y las acciones inmorales que conducían al pecado; con el tiempo, en las sociedades modernas la enfermedad pasó a vincularse con la pobreza, incivilización e insalubridad. Dichas concepciones se reafirmaron por las impactantes formas en que la enfermedad se hizo manifiesta, como la deformación corporal, la insensibilidad de la piel y la pérdida de órganos, extremidades y sentidos. La dificultad que por varios siglos existió



para determinar su modo de transmisión y con ello un tratamiento para contenerla o prevenirla, acrecentó el temor y el rechazo a los enfermos; de manera que fueron constantes las políticas públicas para evitar su interacción y convivencia con las personas exentas de lepra, la mayoría de ellas fueron en detrimento de la estabilidad emocional y física de los leprosos, pues se caracterizaron por segregar, exiliar y coacer.

Desde que la enfermedad hizo su aparición en el actual territorio colombiano, en los primeros años del período colonial, el aislamiento de quienes la padecían se constituyó en la principal medida sanitaria adoptada por las autoridades, lo que conllevó la instauración de leprocomios o lazaretos como fueron comúnmente llamados, instituciones destinadas al confinamiento y la regulación del actuar de los leprosos. En la experiencia colombiana, los lazaretos fueron más que establecimientos hospitalarios, la escasez de fondos, las precarias condiciones médicas y asistenciales, y la renuencia de los enfermos a distanciarse de su núcleo familiar, convirtió a estos lugares en aldeas, en las que los no leprosos podían permanecer, pero sometidos al marco legal que reguló a los enfermos.

A partir de 1905, contener la lepra se convirtió en una medida de urgente necesidad, por lo que se inició en este país una campaña costosa, cruel y poco efectiva de control, basada en la segregación de los enfermos y en el reforzamiento de las políticas administrativas en los lazaretos; se acentuó el ocultamiento de los enfermos y las medidas represivas. Sin embargo, desde 1930 la discursiva gubernamental empezó a cambiar, evidenciando la intención de reorientar la lucha contra la lepra, buscando alcanzar mayores resultados a menores costos materiales y humanos, desembocando esto en la abolición oficial de los lazaretos en 1961.

Enfermos de lepra



Fuente: Archivo Lazareto de Contratación, Santander.

Entender el cambio de la política pública destinada al control de la lepra durante las tres últimas décadas que estuvieron en funcionamiento los leprocomios, motivó la investigación de la historiadora Dayana Lizcano (2005), quien intentó ir más allá de la identificación del deber ser y las políticas contenidas en un marco legal e institucional para analizar su desarrollo en el Lazareto

de Contratación (Santander), desde donde incluso fue posible la caracterización de los enfermos y el reconocimiento de algunas de sus percepciones e imaginarios sobre las políticas, la institución que los reguló y la enfermedad que los afectó.

La comprensión del objeto de estudio se buscó desde la interacción de los factores políticos y socioeconómicos de orden nacional y local. Rastrear el funcionamiento del Lazareto de Contratación demandó el estudio de los establecimientos asistenciales, médicos, administrativos, educativos y religiosos que integraron este lazareto, al igual que el papel desempeñado por la Comunidad Salesiana como agente operativo de las políticas públicas. Las fuentes de información empleadas fueron documentos oficiales, legislación nacional, registros de ingresos y salidas de los enfermos, historias clínicas, informes de la orden religiosa sobre el accionar de los establecimientos a su cargo, normativa local emitida por los funcionarios oficiales, cartas, entrevistas y diarios de los enfermos. La documentación utilizada para llevar a cabo esta investigación es un auténtico ejemplo de las diversas fuentes a las que recurren las nuevas formas de hacer historia.

Ahora bien, la lepra fue una de las tantas enfermedades que afectaron a la población colombiana y sobre la que pesó más el estigma y el temor al enfermo que su impacto en cuanto al número de víctimas; contrario a ello, otras enfermedades, como la viruela, generaron un mayor impacto social por su capacidad de diezmar drásticamente a la población y generar secuelas irreversibles en quienes lograron sobrevivir. Fuertes dolores musculares, postración, altos niveles de fiebre, ceguera, afecciones respiratorias, daños del sistema nervioso y renal, caracterizaron la sintomatología presente en los enfermos de viruela; en

los casos asociados con la mortalidad, la viruela implicó una muerte lenta y dolorosa.

Desde comienzos del siglo XIX, en varios países la enfermedad logró controlarse gracias a las políticas públicas adoptadas y en especial al descubrimiento de la vacuna por el médico inglés Edward Jenner en 1798. Sin embargo, las epidemias de viruela eran frecuentes en aquellos lugares en donde el desarrollo económico y social no se había hecho latente y eran precarias las condiciones de salubridad y médico asistenciales; entre estos países estaba Colombia, donde además se carecía de fondos públicos para adquirir y masificar la sustancia vacuna, siendo necesario esperar un siglo más para erradicar de manera contundente la enfermedad.

Partiendo de las pruebas que dan testimonio de los frecuentes brotes epidémicos de viruela durante el siglo XIX, la historiadora Dayana Lizcano (2010) realizó una investigación para comprender la política de salubridad pública destinada a prevenir y controlar esta enfermedad en el Estado Soberano de Santander entre 1857 y 1886, a través del análisis a la reglamentación aprobada por el Gobierno Central y del Estado Soberano. Si bien, los marcos legales y la documentación oficial, principales fuentes de información empleadas para la realización de dicha investigación, vislumbran un deber ser y una intención gubernamental que puede en ocasiones ser distante de su desarrollo o aplicación en contextos concretos, en esta oportunidad dicha regulación permitió reconocer la postura y accionar de los médicos, religiosos y políticos para detener la propagación de la viruela y con ello el estupor y el pánico que se generó con solo pensar en la posibilidad de un acontecimiento epidémico.

Mediante el estudio de las medidas adoptadas para contener cuatro brotes

epidémicos en el Estado Soberano de Santander, se pudo reconocer la respuesta de los diferentes organismos públicos y religiosos frente a la amenaza que generó la viruela, la manera en que se apropiaron los diferentes métodos profilácticos, la resistencia de los pacientes frente a estos, al igual que la actitud de la población con respecto al enfermo y a las políticas públicas de salubridad. Al final fue posible establecer que las políticas adoptadas por el gobierno del Estado fueron poco efectivas, puesto que se direccionaron a la conformación de Juntas de Sanidad, con un carácter fuertemente asistencialista; a la higienización de los poblados, a la instauración transitoria de hospitales para atender a los enfermos o mantener en cuarentena a los sospechosos de serlo y a la inmunización de una pequeña parte de la población mediante la inoculación de la vacuna, medidas complementadas con la promoción de remedios caseros, los cuales en ocasiones aceleraron el fallecimiento de los enfermos. Así las cosas, las investigaciones de la historiadora Dayana Lizcano sobre la lepra y la viruela dan cuenta de un esfuerzo para comprender la contención –y de alguna forma la mentalidad– sobre dos “enfermedades bíblicas” que bajo la mención de pestes fueron el foco del repudio social.

### Mujer y distinción: dos constructos bajo la mirada de la historia social

En esta parte es preciso referenciar la investigación de la historiadora Edna Lucía Joya (2012), quien se interesó por los temas relacionados con la distinción y la connotación social para encaminar el primer trabajo investigativo que la encajó en los campos propios de la disciplina histórica. De acuerdo con la autora, es importante señalar que el concepto principal de su investigación fue aquel que correspondió al de *mujer distinguida*, al cual se le hizo un seguimiento en los periódicos locales,

complementándose teóricamente con las propuestas de Pierre Bourdieu, sociólogo francés interesado por el estudio de los comportamientos y prácticas sociales, así como de sus repercusiones en la sociedad.

Equipo femenino de baloncesto,  
Colegio de Santa Teresita



Fuente: *El Deber*, 02/04/1935.

El motivo que llevó a la realización de esta investigación partió de la inquietud por comprender cómo se formaron o construyeron las representaciones idealizadas de mujer y cómo se empezó a formar una imagen acerca de ella. Es decir, la atención se centró en el estudio de los modelos para seguir por las mujeres bumanguesas de los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Esta imagen se construyó a partir de diferentes artículos periodísticos que mostraron la forma como se modeló la imagen de una mujer y como se reprodujeron ciertos estereotipos para portarse como una dama.

Los artículos y la publicidad difundida en los periódicos locales *Vanguardia Liberal* y *El Deber* crearon y difundieron una representación de imagen idealizada de mujer, a través de patrones de conducta, presentaciones en sociedad, estereotipos de belleza y reinados, con el fin de orientar a las mujeres hacia un matrimonio próspero y hacia los modelos de familia preestablecidos. Durante el proceso de

esta configuración –entendida básicamente como el proceso de construcción de la imagen femenina–, las mujeres mantuvieron estrictos comportamientos, reflejándolas como damas distinguidas, destacadas a su vez por su ascendencia familiar y participación social. El análisis de la imagen idealizada de mujer identificó la importancia que en esta configuración tuvieron la orientación de los padres, los reinados de belleza, el refuerzo de los colegios en los patrones de conducta y socialización, la formación religiosa y los valores espirituales, virtudes que definieron a una “distinguida dama señorita”, como se les denominó en aquella época.

Es sugerente destacar que el contexto colombiano de la década de 1930 fue en parte trastocado por el retorno del gobierno liberal, tiempos que concedieron cierto acceso de las mujeres al ejercicio en cargos públicos, generando así un cambio en la noción del rol que ellas venían desempeñando en la sociedad, pero esta nueva dimensión siguió teniendo restricciones en el plano político. No obstante, los años cuarenta atestiguaron de cierta forma la consolidación de algunas de las tendencias ideológicas y jurídicas que le dieron a la mujer mayor libertad; la revisión de la prensa local permitió identificar cierta apertura de los espacios donde las mujeres presentaron sus ideas y puntos de vista sobre los temas configurados dentro de los parámetros de una dama distinguida en Bucaramanga, tales como el matrimonio, el comportamiento femenino, el cuidado del hogar y la familia, los gustos y opiniones sobre la práctica de algunas actividades estereotipadas.

Es posible afirmar que la prensa local cumplió un papel primordial en la difusión y configuración de la imagen idealizada de mujer. Los periódicos permitieron legitimar las ideas que por medio de las normas o instituciones regularon la conducta

femenina, socializando y reproduciendo las directrices de lo que legítimamente se *estimó* como lo propio en cuanto a la educación de la mujer. La construcción de la imagen femenina fue un fenómeno mediático con gran impacto social, en este contexto social e histórico no fueron las “mujeres en general” o las “mujeres del común” quienes consiguieron la primera plana, sino aquellas a quienes se les concedió el título de “damas distinguidas” por el hecho de provenir de una familia “prestante” o por participar en eventos sociales que las destacaron como el centro de atención.



Fuente: *Vanguardia Liberal*, 15/06/1943.

En definitiva, la imagen de la mujer ideal se construyó a través de una serie de conceptos, conductas y preceptos axiológicos de la época, destacando a las fabricadas damas en los altos círculos sociales como



la más virtuosas, honorables, simpáticas, preparadas y virtuosas señoritas. La sociedad, la Iglesia, la familia y los colegios modelaron una imagen femenina que representó toda clase de ideales y virtudes abstractas, cánones arraigados en una sociedad profundamente conservadora y maniquea que pretendieron que las mujeres se mantuvieran puras, castas y vírgenes hasta el momento del matrimonio, encarceladas en su prisión interna.

## Referencias

- Burke, P. (1996). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- De Certeau, M. (2006). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Jalón, M. & Möller, C. (2007). Entrevista con Peter Burke. *Revista Salud Mental y Cultura*, XXVII(99), 145-159.
- Joya, E. (2012). *La configuración de la imagen idealizada de mujer como dama distinguida en Bucaramanga durante el periodo 1934 -1944*. (Tesis de pregrado). Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, Colombia.
- Le Goff, J. (2005). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós.
- Lizcano, D. (2005). *Los lazaretos colombianos y su transición de establecimientos hospitalarios a instituciones de aislamiento. El caso del Lazareto de Contratación, Santander, 1931-1961*. (Tesis de pregrado). Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, Colombia.
- Lizcano, D. (2010). *Políticas sanitarias, profilaxis médica y campañas de vacunación para contener las epidemias de viruela en el Estado Soberano de Santander*. (Tesis de maestría). Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, Colombia.
- Ríos, M. (2009). De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, (37), 97-1237.
- Ruiz-Domènec, J. (2000). *Rostros de la historia: veintiún historiadores para el siglo XXI*. Madrid: Península.
- Ruiz-Domènec, J. (2014). Un pedazo de la vida: los senderos de un medievalista europeo para el siglo XXI. *Historia Crítica*, (54), 125-141.